



## ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

### Necesidad de ver

Reflexiones sobre el Evangelio de Juan 9, 1-41 (4º Domingo de Cuaresma - Ciclo A – 26 de marzo de 2017)



Las comunidades del Antiguo Testamento tenían en la “Doctrina de la Retribución” una de las claves más importantes para interpretar la vida y la historia y cómo éstas respondían al Plan de Dios trazado en la Alianza. Si una persona gozaba de buena salud física, su vida familiar era feliz y sus negocios eran prósperos era porque su conducta se correspondía con las exigencias del

pacto firmado con Dios y, por lo tanto, era merecedor de la bendición. Si, por el contrario, los males físicos, las desgracias familiares y la quiebra de sus negocios hacían su aparición era porque la persona se había apartado del camino de Dios y, por su mala conducta, era merecedor del castigo.

El Evangelio de hoy nos propone un dilema. Jesús se encuentra un ciego de nacimiento. De acuerdo con la Doctrina de la Retribución, ¿quién pecó? ¿Él o sus padres? La respuesta de Jesús es sorprendente porque supera dicha doctrina y abre las puertas a una nueva época en la que la gratuidad y el amor de Dios serán los aspectos fundamentales que determinen la relación de los hombres con Dios, dice Jesús: ni él ni sus padres son los responsables de su ceguera, es para que se manifiesten en él las obras de Dios y, en concreto, para manifestar que Jesús es la luz y el faro que ilumina y guía nuestros pasos y nuestro camino. El viene con su luz a curarnos de las cegueras que nos impiden ver.

### Nuestras cegueras

**Lo que no vemos...** Hay muchas cosas que, aunque tengamos buena vista y no pocas herramientas de análisis, no alcanzamos a ver. El mundo en el que vivimos es cada vez más complejo y, pretender conocerlo y verlo todo, sería indicador de una arrogancia enfermiza. Para minimizar los efectos de esta primera ceguera me atrevo a proponer dos estrategias terapéuticas: primera, desde el reconocimiento humilde de nuestras limitaciones para ver una realidad tan compleja y que supera ampliamente nuestra capacidad de análisis y reflexión, fomentar la **cultura de los ojos abiertos y la mirada amplia** para no reducir a nuestro mundo lo que acontece. Como afirma Juan Barreto en su libro *la necesidad de ver*, “la naturaleza y la historia están en estado de gravidez

permanente. Abrir los ojos a la vida que se renueva en cada momento, individual y colectivo, para ser capaces de reconocerla y acogerla, es nuestra tarea". La segunda estrategia es la **apertura al diálogo y la cooperación con otros**. Hoy día es imposible acometer los grandes desafíos que nos plantea la historia solos. Urge una necesaria complementariedad de miradas para poder ver más allá de lo que dictan nuestros propios análisis.

Como discípulos de Jesús, llamados a vivir en una actitud permanente de discernimiento para descubrir su presencia en los "signos de los tiempos", es importante el cultivo de la mirada amplia, abierta y dialogante con el mundo y el reconocimiento humilde que necesitamos complementar nuestra mirada con la de los otros. No podemos pretender que, con solo nuestra mirada, por muy válida que sea, tengamos la suficiente información para acercarnos a un mundo cada vez más complejo.

**Lo que no queremos ver...** Les dijo Jesús a los fariseos que le incordiaban por haber curado al ciego en sábado: "Si estuviérais ciegos, no tendríais pecado, pero como decís que veis, vuestro pecado persiste." La ceguera del que no quiere ver, a diferencia de la que surge de la propia limitación humana, genera responsabilidades y, porque no decirlo, culpabilidades.

No queremos ver e implicarnos con la realidad sufriente de una buena parte de los habitantes del planeta porque, si vemos y acogemos la interpelación que nos hacen sus rostros doloridos y sus historias de exclusión y negación de la vida, se nos complica la vida. Es mejor no ver, permanecer en nuestros espacios de confort y dejar a los que tienen capacidad de ver la implicación en las causas justas para la humanidad.

No queremos ver nuestra fragilidad. Somos muy clarividentes para señalar los defectos de los demás, pero muy ciegos para ver los nuestros. Los fariseos del Evangelio eran incapaces de la autocrítica y, amparándose en el cumplimiento de la ley exterior, descalificaban las acciones de bondad, misericordia y compasión como la que obró Jesús con el ciego. Ver nuestra fragilidad y reconocerla nos abre al mundo del otro que, como dice Francisco en la carta para la Cuaresma, "es un don, un tesoro de valor incalculable".

No queremos ver la hondura del corazón humano y nos contentamos con hacerle juego a los mercaderes de la superficialidad que quieren llenar nuestra mirada con el glamour de la banalidad y de los éxitos efímeros. Es más fácil rendirse ante los ídolos de barro de las alfombras rojas y los céspedes impolutos de los "santuarios deportivos" que agacharse a levantar a los hermanos que están siendo arrojados al mar de la ignominia y del silencio o que perecen ante las vallas del horror. Es más fácil, como se lee en la primera lectura de la Misa de este domingo, mirar las apariencias, pero, Dios, "no ve como los hombres, que ven la apariencia; el Señor ve el corazón."

Cerca de la celebración de la Pascua, pidamos a Jesús que llene de Evangelio nuestros ojos y evangelice nuestra mirada de manera que cuando cantemos el sí definitivo de Dios lo hagamos con los ojos abiertos y la mirada amplia.